RICARDO R. FLORES Y BARTOLOMÉ GUZMÁN

# LUCETTE

o

# LA CRUZ DE FUEGO

Novela policíaca en acción, en cinco capítulos

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
1916

SHOUT
SHARE
IT

# LUCETTE
o
# LA CRUZ DE FUEGO

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados y representantes de la "Sociedad de Autores Españoles" son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para TEATRO MUNDIAL.

FÉLIX COSTA, IMPRESOR; ASALTO, 45. — BARCELONA

# LUCETTE

o

# LA CRUZ DE FUEGO

Novela policíaca en acción, en cinco capítulos

y en prosa

de

DON RICARDO R. FLORES Y DON BARTOLOMÉ GUZMÁN

---

Estrenada con éxito extraordinario en el Teatro Principal,
de Valencia, el 26 de Noviembre de 1915

BARCELONA
BIBLIOTECA « TEATRO MUNDIAL »
15, Barbará, 15
1916

# REPARTO

| PERSONAJES | ACTORES |
|---|---|
| SUSANA (Marquesa de Vervillers) | Sra. Molgosa. |
| LUCETTE (Su hija) | Srta. Ortega. |
| MARGARITA (Mujer del pueblo) | » Merino. |
| ENRIQUETA (Doncella de la marquesa) | Sra. Tejada. |
| LUCIANO YVRY | Sr. Villagómez. |
| MR. MICHAUD (Inspector de Policía) | » Marimón. |
| PAPÁ LEFORET (Prendero) | » La Riva. |
| MARQUÉS DE VERVILLERS | » Rodrigo. |
| LUIS | » Calvo. |
| LA COCARDE (Apache) | » Nogales. |
| L'ECRÉVISE (Apache) | » Galán. |
| POLION (Apache) | » Norro. |
| COLINET (Apache) | » Peral. |
| CAPITÁN DEL NEWCASTLE | » Marimón. |
| PASAJERO 1.º | » Saiz. |
| IDEM 2.º | » Calvo. |
| AGENTE 1.º | » Ruiz. |
| IDEM 2.º | » García. |

*Pasajeros y marineros del Newcastle*

---

La acción en París. El Capítulo 4.º a bordo del «Newcastle», y el 5.º en un castillo de Bretaña.

ÉPOCA ACTUAL

---


CAPÍTULO 1.º — EL SECUESTRO.
» 2.º — EL SECRETO DE LA MARQUESA.
» 3.º — EL LEÓN Y EL ZORRO.
» 4.º — A BORDO DEL NEWCASTLE.
» 5.º — EL CASTILLO DE VERVILLERS.

## Nota importantísima

*El primer actor don Francisco Villagómez, a quien nos complacemos en rendir tributo de profundo agradecimiento, que ha puesto esta obra en escena con esplendidéz inusitada, mandó confeccionar para el tercer Capítulo de la misma, a la casa Pathé, de Barcelona, una magnífica película cinematográfica, que debe proyectarse por transparencia durante toda la representación del acto. Para ello servirá como de forillo, la pantalla blanca donde ha de reflejarse la proyección, acercando dicha pantalla al rompimiento de tal modo que lo cubra por completo, pudiendo dar idea del decorado el boceto que se acompaña. La escena, durante la representación, ha de estar débilmente iluminada con luz verde para que en el lienzo se reflegen con mágica brillantez, el oleaje del mar, el gran trasatlántico que cruza por el horizonte y más tarde el náufrago que se acerca a la borda del barco. Humedecido previamente el telón donde se proyecta la película, el efecto es maravilloso, y puede asegurarse que la ficción escénica se confunde con la realidad misma. La longitud de la película es de doscientos metros y está de tal modo estudiada que comenzando dos minutos antes de levantarse el telón, hay con ella bastante para todo el acto, apareciendo en la panta-*

612179

*lla a tiempo con el diálogo, el trasatlántico y el náufrago y quedando suficiente película para proyectar hasta el final del acto. Con un par de ensayos solamente podrá el director de escena acoplar la cinta con el diálogo.*

*Las empresas que deseen poner la obra con la cinta cinematográfica, deben dirigirse a los autores, en Valencia, Hospital, número 2, 2.°, los cuales les indicarán el modo de adquirir las copias y precio de las mismas. De todos modos, la obra en los sitios donde no sea posible de otra manera, podrá representarse sin la proyección cinematográfica, poniendo al foro un telón de mar y horizonte que cubra el rompimiento.*

*El decorado de esta obra ha sido confeccionado por el señor Sanchiz, que tiene sus talleres establecidos en la Plaza de Toros de Valencia.*

*Advertimos que hay solicitada patente de invención por un nuevo procedimiento de aplicación del cinematógrafo a la pintura escenográfica, procedimiento que se titula "Cineorama", el cual es el que se emplea en la decoración del capítulo tercero de esta obra.*

# CAPÍTULO PRIMERO

## *EL SECUESTRO*

Interior de la casa del prendero Leforet. Sala en la que en completo desorden se ven muebles de todas clases, épocas y estilos, unos lujosísimos y otros modestos. Cuadros antiguos y modernos, estatuas, bronces y los más raros y diversos objetos. En el centro de la escena, un pequeño mostrador-vitrina con alhajas y múltiples objetos. Sobre unas sillas, un lío compuesto de dos colchones en bastante buen uso y atados con una cuerda. A la derecha del actor, un pequeño escritorio, sentado al cual estará Luis, escribiendo en un gran libro registro, al levantarse el telón. A todo foro mampara verde con timbre.

### ESCENA PRIMERA

LUIS y PAPÁ LEFORET.

Papá Leforet viste un traje bastante raído y cubre su cabeza con un mugriento gorro encarnado con borla negra. Luis, decentemente modesto.

LEFORET Apunta. A Lucía Lefranch... ¡Buena pieza!... Un par de pendientes de oro y brillantes. Treinta y dos francos.

LUIS (Escribiendo.) Francos...

LEFORET Un reloj de plata, siete...

LUIS Siete...

LEFORET Francos. Comprado a Mauricio Lagrange, o al demonio que cargue con el pre-

fecto de policía, que se ha empeñado en meter las narices en nuestros honrados negocios. ¿Con qué en el registro de compras, hemos de poner el nombre y el domicilio del vendedor y el valor del objeto o alhaja comprada, eh? Pues, necuacuam, señor prefecto. En mi casa hago yo lo que me da la gana, y en los registros pondré lo que se me antoje. Además, que es una indiscreción preguntar a mis parroquianos su nombre y sus señas. ¿Su nombre? Cómo si la mayoría de ellos supiesen más que cómo les llaman. Bonito se está poniendo el negocio de prendero. Fíjate, fíjate en esta leontina de oro... he tenido que dar por ella veintisiete francos. Habrá que fundirla... ya ves tú qué trabajo, y el oro valdrá, todo lo más, noventa francos. Ya ves que miseria de ganancia; pues así están todos los géneros.

## ESCENA II

Dichos, POLION y COLINET.

Polion y Colinet, entran en escena con mucha precaución y mirando antes si alguien les sigue por la escalera. Son dos típicos apaches, que andan y hablan siempre con cierta misteriosa afectación. Sin hablar y silbando una "chanssonette" se acerca a Léforet, y sacando de Polion un reloj se lo muestra, pendiente de la cadena. Leforet, en escena muda y también silbando la misma canción, les muestra los diez dedos de las manos.

POLION ¿Francos?...

LEFORET Francos.

POLION Bésale la mano a Su Eminencia, que esto sí que es trabajar para el obispo.

LEFORET ¿Conviene?

POLION ¿Pero a usted le parece que yo tengo cara de tonto? Vengan quince francos

y no apriete usted el torniquete, que usted se lo gana ahí, muy sentado, y éste y yo hemos salido esta mañana de cumplir varios requisitos en la Prefectura.

COLINET Quince días de hospedaje...

LEFORET Diez... fran...cos...

POLION ¡Diez francos por una lenteja de oro! ¡Vaya un vampiro!

LEFORET Bueno, bueno... basta de conversación. ¿Hace o no hace?

POLION Hace y la última. Ahí va, y venga...

LEFORET Como esos. (Les da los diez francos en dos piezas de a cinco.)

POLION Tomo esta miseria, Colinet, y a ver como le sacas a tu vieja cuatrocientos francos, para dedicarnos a este negocio, y el mes que viene tenemos chauffeur. (Vanse silbando con igual cinismo que entraron.)

## ESCENA III

LUIS, LEFORET y MARGARITA. Esta última con una niña de tres años en brazos. Viste pobremente de negro.

LEFORET (Muy contrariado.) Ya nos cayó qué hacer.

MARGARI. Buenos días, señor Leforet. ¿Y la señorita Lucette?

LEFORET Bien, por allá dentro.

MARGARI. ¡Qué frío, qué invierno!...

LEFORET Como todos.

MARGARI. Sí, como todos. Para nosotros los pobres como todos. Sin trabajo, sin pan, sin abrigo... El invierno es una pena muy grande, la más grande de todas las que Dios nos envía para que nos acordemos de El, y todos los años El se acuerda de nosotros mandándonos el hambre y el frío para que no le olvidemos. Aquí se está como en la gloria. Ahí fuera hace un frío horrible y el aire corta la cara. No llores, hija mía, no llores, que ahora

te compraré pan. Estamos en las últimas, señor Leforet, en las últimas, y si no fuera porque mi pobre Gringoire está baldado en la cama, yo le aseguro a usted, señor Leforet, que no vendría a molestarle... (Mientras Margarita habla Leforet va a donde Luis escribe, mira los libros y da muestras de impaciencia constante.) Pero no hay remedio, no tenemos otro remedio, ni otra esperanza que su buen alma de usted, que eso sí que la tiene y más de ley que esta moneda de oro. (Señalando la vitrina.)

LEFORET ¡Eh!... ¿Qué has dicho? ¿Qué te has encontrado una moneda de oro? Eso ya es otra cosa... ¿A ver? Haberlo dicho, mujer, haberlo dicho.

MARGARI. Decía, señor Leforet, que tiene usted el alma con más ley que esta moneda de oro... esta... la que está aquí en la vitrina.

LEFORET Para bromitas impertinentes estamos ahora. Diga usted en seguida a lo que viene y acabe prontito, porque hay mucho trabajo, mucho.

MARGARI. ¿Pues a qué he de venir, señor Leforet? A que usted me dé dos francos más por los colchones que ahí tiene, que con los ocho que me ha dado serán diez...

LEFORET Sí que estás bien de matemáticas. Diez francos que ya no veré en la vida porque esos colchones no tienen ni diez kilos de lana.

MARGARI. Haga usted esta caridad, señor Leforet, por mi hombre, por mí, por esta criaturilla, que ya verá usted como Dios se lo toma en cuenta y le devuelve ciento por uno...

LEFORET A mí no me vengas con ese parroquiano, que yo ya me sé como las gasta. ¿Conque ciento por uno? Qué más quisiera yo, que Dios me diese el uno por ciento de todo lo que por El me han pedido.

¿Pero os habéis figurado que yo robo el dinero, para dároslo así de cualquier modo por todos vuestros pingajos? Ahí tienes tus colchones, dame mis ocho francos y llévatelos pronto, prontito, porque sino los vendo, pues me están estorbando.

MARGARI. Ahí se quedan, para que usted se pudra y se muera en ellos, que eso es lo que usted se merece, por judío y mala persona. Ven aquí, hija mía, mírale, mírale a la cara... (Poniendo a la niña sobre el mostrador.) No llores, no te asustes... ¿Lo ves, lo mismo que la cara de este tío la tenían los que azotaron a Cristo. (Volviendo desde la puerta.) Lo dicho, ahí se quedan, para que usted reviente en ellos. Dios me perdone. (Vase.)

## ESCENA IV

LEFORET y LUIS.

LEFORET (Á Luis.) Apunta, porque ésta no vuelve. Dos colchones de lana comprados a Margarita Gringoire a treinta francos cada uno, sesenta francos... ¿Ves tú? En este género sí que no se pierde.

LUIS (¿Y que yo no tenga más remedio que servir a este hombre?)

LEFORET ¿Qué estás ahí refunfuñando?

LUIS Nada. Dos colchones, sesenta francos...

LEFORET No pongas mala cara, que cuando tú vas yo vengo. Sé lo qué estás pensando en estos momentos... «Pero qué alma tiene este tío.» Pues no tan negra como a ti te parece. Todos los oficios en este mundo son duros, y este de prendero lo es aun más todavía. No diré ya que sea para corazones delicados y sensitivos, pero en el mundo ha de haber de todo, sino

¿qué sería de todo el mundo? Figúrate tú qué sería de todos esos que vienen y te insultan y te llaman verdugo, si nosotros no compráramos todos estos trastos que son los restos de sus naufragios. Pues unos se morirían de hambre, los menos; otros no podrían darse el gusto de satisfacer sus gustos, los más, y los otros no tendrían más remedio que vivir como las personas decentes, con lo cual en este pícaro mundo se estaría como en la gloria. Y como aquí no se ha venido a pasarlo como en la gloria, sino a tragar quina, mucha quina. De ahí que nosotros, los prenderos, seamos una cosa así como los representantes de la divina Providencia en la tierra, que damos diez francos por todos aquellos objetos en que otros se gastaron cien, sin hacerles falta. Todo esto te lo digo para que le vayas tomando cariño al oficio, que para eso estás en esta casa, de aprendiz de prendero, y si no métete en la Embajada de Inglaterra, que allí se come con tenedor y se limpia uno la boca con servilleta. Son las doce. Dame el sombrero, que me voy a una junta de accionistas de una mina de brillantes en Kimberlain. (Todo esto con cómica afectación. Después se dirige a la primera puerta derecha y llama a Lucette.) ¡Lucette, Lucette!...

LUCETTE — Aquí estoy, padre...

LEFORET — Ahí te quedas con ese. ¡Ah! y que no hagáis ninguna operación hasta que yo venga, porque ese va para Vandervilt y tú para madame Pimpilinete, que no se alimentaba más que de gaufrettes á la vainilla. (Vase contorneándose con cómica exageración.)

## ESCENA V

LUCETTE y LUIS.

LUIS — Yo te aseguro que si no fuera porque aquí te tengo metida en el corazón y porque sólo pienso en que algún día podré ganarme honradamente lo necesario para que hagamos un nido donde arrullarnos, no estaba en esta casa, donde me ahoga la pena de ver tanta miseria y tanta desdicha; pero tienen tanta fuerza tus ojitos de gloria, que por ti soy yo capaz de aguantarlo todo. (Intenta abrazarla y ella le separa dulcemente. Luis vuelve al escritorio.)

LUCETTE — Tonto... vamos, quita... que te estés quieto... Vaya...

LUIS — Bueno. Tienes razón. A hacer números. Siete por ocho... cuarenta... y... y... y llevo... cuarenta y... llevo... ea, que no sé lo que llevo ni aquí... ni aquí... (Por el corazón y la cabeza.)

LUCETTE — (Dejando el bordado que está haciendo.) Y yo ya me he pinchado dos veces en este dedo por tu culpa.

LUIS — Eso quiere decir, que ni tú ni yo estamos ahora para otra cosa que para aprovechar el tiempo que nos deja tu padre libres para hacer proyectos y cuentas para el porvenir. ¿Si tú supieras, Lucette de mi alma, que sólo cuando estoy junto a ti olvido mis penas?

LUCETTE — ¿Si tú supieras que a mí también me pasa lo propio?

LUIS — Es que mis penas son tan grandes que se necesita quererte tanto como te quiero para olvidarlas, tan sólo cuando estás presente.

LUCETTE — Es que las mías no son para contadas

sino para sentidas, y si no fuera porque tengo puesta mi fe en tu cariño... ¡Ay! Luis de mi alma, no sé, no sé, lo qué hubiera hecho.

LUIS Pues cuéntame tus penas, que las penas no se van, más que cuando se cuentan o se cantan.

LUCETTE Tú primero...

LUIS No, tú primero.

LUCETTE Bien, como tú quieras. Hace ya mucho tiempo; no te incomodes por lo que voy a decirte, que tengo un secreto para ti.

LUIS ¡Un secreto!...

LUCETTE El único: pero nunca me he atrevido a decírtelo, porque... no sé por qué... es decir, sí que lo sé. No me había atrevido a decírtelo, porque es una pena muy grande no poderle decir una al hombre que quiere con toda su alma, «ese hombre que tú crees que es mi padre, no es mi padre. Yo no tengo padre ni madre...» Ni madre, ya ves qué pena tan grande es la mía.

LUIS ¿Pero qué dices?... ¿Que el señor Lefo-ret no es tu padre?... ¿Pero que tú no has conocido a tu madre, que no sabes quién es tu madre? ¿Y no me lo habías dicho, Lucette? Pues eso está muy mal hecho...

LUCETTE ¿Lo ves?... Ya sabía yo que ibas a incomodarte.

LUIS Muy mal hecho, porque si yo hubiera sabido tus desgracias...

LUCETTE ¿Qué?... Habla...

LUIS Pues que si hasta ahora te he querido como mil, te hubiera querido como dos millones. Alma de mi alma, cuéntame, cuéntame, como ha podido ser eso.

LUCETTE Pues muy sencillo. Ni mi padre, es decir, el que yo llamo mi padre, ni su mujer, tuvieron hijos.

LUIS Debe ser una pena muy grande eso de

vivir solos en el mundo dos seres que se quieren, y no tener hijos, alma de nuestra alma, sangre de nuestra sangre...

LUCETTE Pedazos de nuestras entrañas. Pues esa pena debieron sentirla, con tal fuerza el señor Leforet y mi madre adoptiva, que un día, aterrados de verse solos, siempre solos, decidieron buscar en el Asilo donde la caridad recoge a los desdichados que no tienen padre la hija que Dios no quiso concederles. Y allí fueron y de allí me sacaron, y aunque no tanto como si fuera suya, calor y amparo me dieron, que yo agradecí en el alma. Murió mi madre adoptiva y el señor Leforet se puso en este oficio...

LUIS Para el que es preciso tener un corazón de bronce.

LUCETTE Pero algo me dice aquí dentro, que no fué por caridad todo lo que hizo conmigo...

LUIS ¿En qué piensas, Lucette?...

LUCETTE Pienso que el señor Leforet conoce a mis padres.

LUIS ¿Qué dices?...

LUCETTE Conoce a mi madre, y mi madre no puede estrecharme entre sus brazos, porque hay una fuerza muy grande que se lo impide. Pienso, y en esto me atengo a las palabras del señor Leforet, que algunas veces y con mucho retintín me lo ha dicho, «Lucette... tú vales mucho... mucho... ¿Si tú supieras lo que vales?»... Pienso, Luis de mi alma, que yo en esta casa estoy, no sé cómo decírtelo, estoy... como una de tantas joyas de esas que se guardan en las vitrinas esperando a que den mucho dinero por mí para sacarme del encierro. Y pienso también en que el rescate será de tal valía como para hacer que el corazón del señor Leforet, que es más duro que la roca para las penas, ten-

ga para mí, aunque fingidas, ternuras de padre.

LUIS ¿Pero tú en qué te has fijado para suponer todo eso?

LUCETTE Mira... (Se desabrocha un poco la blusa y con pudor le muestra el nacimiento del pecho.) Mira...

LUIS ¡Pero te has vuelto loca!...

LUCETTE Mira, hombre, mira. Ya tienes poder para ello. Este secreto tan sólo lo sabe Dios, el señor Leforet y tú, que serás mi marido... ¿Qué ves?

LUIS Una cruz encarnada...

LUCETTE Eso. Una cruz que, sin duda hecha con fuego, me pusieron aquí, para luego conocerme por la señal...

LUIS Justo...

LUCETTE Y más arriba mira...

LUIS Mira... que se me enturbia la vista...

LUCETTE Más arriba, una cosa así, como si fuera una corona.

LUIS ¿Y eso? ¿Qué querrá decir?

LUCETTE Pues que mi madre es una gran señora. ¿Comprendes ahora por qué el señor Leforet me dice que valgo mucho? Mucho, sí, para él mucho, tanto, que tengo miedo de vivir junto a él y sola en esta casa.

LUIS Sí, sí, todo lo comprendo. Algo me decía aquí dentro, cuando te llamaba reina mía, que era verdad que lo eras.

LUCETTE Tanto como reina...

LUIS Tanto como reina puede que no. Pero esa corona... de seguro condesa, o duquesa, o marquesa, en fin, algo tan alto que a la fuerza y con el tiempo habrá de separarnos para siempre.

LUCETTE ¿Separarnos?... ¿Te has vuelto loco, Luis de mi vida? ¿Pero tú crees que eso sería posible?

LUIS No, posible no, seguro que sucedería. ¿Y tú sabes por qué? Porque al encontrar a tu madre, tu nombre tendría un título por coletilla y ya no sería Lucette la hija del

señor Leforet, el prendero, sino la señorita Lucette, condesa o marquesa de tal o cual. ¿Y cómo entonces podrías casarte conmigo? Ya ves que es tan repoco lo que yo podría ofrecerte, que aunque ahora, porque no ha llegado el caso, piensas que no me olvidarías, yo pienso, Lucette, que entonces es posible que despreciaras al que ahora llamas tu Luis del alma...

LUCETTE Pues mira, sí que lo merecías tan sólo por haberlo pensado. Tonto, más que tonto. Loco, más que loco... ¿A quién podría encontrar yo como tú, más honrado, más noble, ni que más me quisiese? (Oyese hablar fuerte y poco después entran en escèna, cuando el diálogo lo indica, Leforet, seguido de La Cocarde, y después Ecrevise y Luciano.) Mi padre. Trabaja, escribe y ten confianza en mí y en mi cariño.

LUIS (Se pone a escribir febrilmente.) Siete por ocho veintiuna y llevo nueve, ocho por dos setenta y cuatro y llevo tres... y llevo tres... ¡Sapristi! ¡Qué lío!

## ESCENA VI

Dichos y LEROFET, COCARDE, y después ECREVISE y LUCIANO.

(Luciano viste elegantemente de cazadora, los demás con cierta pretensión, pero denotando su tipo que se trata de unos apaches distinguidos.)

COCARDE (A Leforet.) Todo se puede arreglar fácilmente si es que no son muchas las pretensiones, porque entonces ni para usted ni para nosotros.

LEFORET Bueno, vamos a cuentas.

COCARDE Vamos a lo que usted quiera, pero aquí me parece que no se puede hablar con li-

bertad... (Refiriéndose a la presencia de Luis y Lucette, que se hacen señas de inteligencia.)

LEFORET (A Luis.) Deja eso para mañana y vete a la joyería del señor Revoil y dile que esta noche le espero a las nueve para tasar unas alhajas. (A Lucette.) Y tú a dentro, que haces más falta que aquí. Ya estamos solos.

COCARDE Entonces ya pueden subir esos.

LEFORET Que suban, hombre, que suban. (Abre la puerta, da un pequeño silbido y entran en escena Ecrevise y Luciano. Este último representa unos cuarenta y cinco años de edad y habla con cinismo extraordinario.)

COCARDE (Presentándolos.) L'Ecrevise y Luciano Yvri. Usted ya los conoce. De éste no hay que decir nada. (Refiriéndose a Ecrevise.) Una persona decente y de toda mi confianza. De Mr. Luciano no hablemos, porque es la flor y nata de los caballeros... Conque para ministros plenipotenciarios ni escogidos a pulso. Así es que vamos a hablar y a entendernos.

ECREVISE (Con extraordinaria afectación.) ¡Oh!... ¡Sí!...

LUCIANO Por supuesto.

LEFORET La verdad es que yo no sabía que usted hubiera cumplido tan pronto su condena. ¿No eran seis años?... (Esto último refiriéndose a Ecrevise.)

COCARDE En la Cayenna hace un calor insoportable.

ECREVISE ¡Oh!... ¡Sí!...

COCARDE Y no le probaba aquel clima.

ECREVISE ¡Oh!... ¡No!...

COCARDE Pero aquí no hemos venido a hablar del pasado, sino del presente. Conque vamos al caso.

ECREVISE ¡Oh!... Sí...

COCARDE El caso es que Mr. Luciano ha hecho sus trabajos para descubrir el paradero de una alhaja de mucho precio que, al parecer, tiene usted aquí guardada.

LEFORET Sí, una alhaja con dientes.

COCARDE ¡Oh... con dientes como si fueran perlas, y de las más finas! Perfectamente; esta alhaja venimos a buscarla éste, yo y monsieur Luciano, y a pagar por ella cuanto a usted le plazca y sin regateo...

ECREVISE ¡Oh!... sí... Sin poner reparo alguno en el precio.

COCARDE Y ahora le toca a usted hablar, Mr. Luciano.

LUCIANO Las cosas claras y vamos a entendernos pronto. Usted, señor Leforet, sacó del hospicio de caridad, hace diez y seis años, una niña que por entonces tendría cuatro y que se llamaba Lucette, recibida en el santo Asilo la noche del once de enero de mil ochocientos noventa y cuatro.

LEFORET Es cierto.

LUCIANO Per... fec... ta... men... te... Con la niña, y por si el día de mañana podía servir para identificar su personalidad y encontrar a sus padres, entregaron a usted una medalla de oro, cortada por la mitad, medalla de oro que usted debe guardar...

ECREVISE ¡Oh, sí!... Como oro en paño...

LUCIANO La cual, unida a esta otra mitad que aquí le traigo, (Saca de un papel la medalla.) puede reconstruir la joya por completo...

LEFORET Así parece...

LUCIANO A mayor abundamiento, la madre, previsora, pensando que esta joya pudiera extraviarse, con una cruz de oro enrojecida al fuego, grabó en el nacimiento del pecho de la niña una señal indeleble...

ECREVISE ¡Oh, sí!...

LUCIANO Para que en su día fuese reconocida por su madre. Y aquí está la cruz con que se llevó a cabo la cruel, aunque necesaria, operación. Así, pues, habiendo sabido que usted, desinteresadamente al parecer, sacó del Hospicio a la joven Lucette en la fecha citada y la prohijó y educó y trató como si fuese hija propia, y con el mismo

cariño, y estando autorizados por su madre, señora de elevada alcurnia...

ECREVISE (A Cocarde.) No puede hablarse con más corrección.

LUCIANO Para recogerla de sus brazos de usted y entregarla en los no menos amantes de su madre, aquí venimos a decirle, señor Leforet, ¿cuánto vale o en cuánto tasa usted el beneficio hecho a la madre y a la hija?... ¿En tanto?... Ahí va la mosca, venga la joven y negocio concluído.

ECREVISE Toma y daca...

LEFORET Bueno, eso se dice muy pronto. Ahí va ese dinero y déme usted a su hija. A mi hija, porque lo mismo que si lo fuera la quiero. Ese cariño no se paga con nada en el mundo, y mi Lucette no se separará de mi lado, porque la ley me ampara, más que con una condición, con una sola : con la de que yo he de saber quién es su madre y yo mismo y en persona he de entregársela. De ese modo, en cuanto se quiera, ahora mismo. De la otra manera no saldrá de mi casa ni aunque me diesen por ella una fortuna.

LUCIANO Todo en este mundo es cuestión de cantidad... ¿Convienen veinticinco mil francos?...

LEFORET ¡Qué miseria! ¿Y en tan poco tasan ustedes el cariño de un padre?

LUCIANO Treinta mil francos... para que usted no diga que no somos espléndidos.

LEFORET Ya he dicho que no es dinero lo que necesito, y aunque ustedes ahora mismo me pusiesen un millón en las manos...

ECREVISE (¡Que no caerá esa breva!...)

COCARDE (Vaya un tío ansioso.)

LEFORET Mi hija Lucette no saldrá de esta casa, ya lo he dicho, si no es para entregársela yo mismo a su madre.

LUCIANO (Dirigiendo a Cocarde y Ecrevise una mirada de inteligencia.) Está bien. El señor Leforet tiene

muchísima razón en defender lo suyo y nosotros no podemos oponernos a su voluntad. Pero es el caso... ¿eh?... (Consulta a Ecrevise y Cocarde con una mirada. Después, disimuladamente, les hace un guiño que quiere decir: "Hay que acabar pronto".) Pero es el caso... que aquí todos tenemos derecho a la vida...

ECREVISE ¡Oh... sí!...

LEFORET Yo creo que este tío se pitorrea.

LUCIANO Y como ahora la vida se ha puesto tan cara y la madre de Lucette nos ha dado plenos poderes para arreglar este negocio, hemos de quedar conformes hoy mismo, para lo cual estos dos amigos le van a dar a usted lo que es preciso... (Cocarde y Ecrevise se arrojan sobre Leforet y le amordazan y atan fuertemente, metiéndolo entre los colchones que habrá sobre una silla y tirándolos al suelo. Todo esto muy rápidamente, mientras Luciano mira por la escalera si alguien llega. Ecrevise se acerca a Leforet, que saca la cabeza por entre los colchones y, en tono de chunga le repite el estribillo.)

ECREVISE ¡Oh... sí!...

LUCIANO Pronto... aprisa... adentro a por Lucette. El automóvil está a la puerta. Ya sabéis dónde hay que llevarla, como un rayo... (La Cocarde y Ecrevise entran en busca de Lucette. Se oye un grito penetrante y a poco salen con ella, amordazada y desmayada, haciendo mutis seguidos de Luciano, que dice.)

LUCIANO ¡Ahí queda eso!

TELÓN RÁPIDO

## FIN DEL CAPÍTULO PRIMERO

# CAPÍTULO SEGUNDO

## *EL SECRETO DE LA MARQUESA*

"Boudoir" de la marquesa de Vervillers. Muebles elegantísimos. Puertas foro derecha e izquierda. Alfombras y tapices. Alta chimenea encendida. Al foro paravent, estilo imperio, que jugará a su tiempo.

### ESCENA PRIMERA

MARQUESA DE VERVILLERS y ENRIQUETA.

(La Marquesa y Enriqueta, su doncella, en escena, al levantarse el telón. La Marquesa se supone que acaba de llegar de la calle, y Enriqueta la despoja de su magnífico abrigo de pieles, que coloca sobre un diván.)

MARQUESA ¿Ha venido ya ese hombre?

ENRIQUE. Aun no, señora marquesa...

MARQUESA Pues en cuanto venga hazle entrar con el mayor recato posible, sin que nadie se entere, y ponte a la puerta para avisar si el señor marqués llegase.

ENRIQUE. Se hará lo que ordena y como lo ordena la señora marquesa.

MARQUESA Gracias, Enriqueta, gracias. Tú eres una criada fiel y discreta a quien en su día recompensaré generosamente los valiosos servicios que siempre me has prestado.

ENRIQUE. Yo no he pensado nunca más que en ser agradable a la señora marquesa y en cumplir con los deberes a que la confianza de la señora marquesa me obliga.

MARQUESA Bien, bien, Enriqueta, ya sé, ya sé que eres un modelo, acaso la perfección de las doncellas discretas...

ENRIQUE. La señora marquesa me confunde. Ya ve la señora marquesa, treinta y cinco años a su servicio, son muchos años, y como la bondad de la señora es tan grande, el cariño y el respeto... más que nada el cariño, me obligan a todo y para todo, tratándose de la felicidad de la señora marquesa...

MARQUESA Sí, sí. De mi felicidad, del amor de mi alma, del único amor de mi vida, de mi honra... de todo cuanto una mujer puede estimar en el mundo... de mi hija, Enriqueta, de mi hija, que aun vive, vive, ayer lo supe, ayer me lo dijo ese hombre, ese hombre a quien ya he perdonado su infamia, por el solo hecho de haberme revelado la existencia del alma de mi alma, de Lucette, de la hija de mis entrañas...

ENRIQUE. ¿Y ha perdonado la señora marquesa?

MARQUESA Comprendo tu asombro, Enriqueta, porque aun no he podido yo explicarme claramente la razón del sentimiento de piedad infinita que he sentido por él, cuando anoche, brutalmente, repugnantemente, se dió a conocer y me dijo: «yo fuí, yo, aquel traidor, aquel villano, que siendo secretario de tu padre, sintiendo por ti una pasión de bestia en celo, mancillé tu inocencia, ultrajé tu cándida hermosura y contra tu voluntad te robé tu honra y tu fama».

ENRIQUE. Es de oro purísimo el alma de la señora marquesa. ¡Perdonar a ese hombre!

MARQUESA Sí, fué su acción una vileza sin nombre,

una traición horrible para la cual no puede hallarse frase bastante dura, pero al decirme: «tu hija... nuestra hija vive, es hermosa y te ama sin conocerte», no tuve fuerzas bastantes para execrarle, para arrojarle de mi presencia, y un solo grito salió de mis labios; mi hija, dame a mi hija y te perdono... (Suena un timbre.) ¿Oyes? El timbre de la portería ha sonado. Es él, es él, que sube. ¿Vendrá mi hija con él?... ¡Dios mío, dame fuerzas para poder soportar tanta alegría! Anda, ve, Enriqueta, hazle entrar y espera... vigila... y perdóname, Enriqueta, que es el amor de madre quien me hace cometer la vileza de recibirle y escucharle. (Vase Enriqueta.)

## ESCENA II

Dichos y LUCIANO. Viste abrigo de pieles, levita y sombrero de copa.

(Abrese la puerta foro y por ella entra Luciano, que con desenvuelto cinismo se descubre, se quita el abrigo, saluda rendidamente y se sienta en un sillón, cruzando una pierta sobre otra con aire displicente. La marquesa muestra a Enriqueta la primera puerta derecha y ésta sale silenciosamente, no sin mirar con profundo desprecio a Luciano, que a la vez, observando el gesto, encoge los hombros.)

LUCIANO Parece que los criados de usted, señora marquesa, no están educados a la alta escuela, como si dijéramos, y no hay razón alguna para que el portero me dé un bufido al preguntarle por la señora marquesa, ni para que esa estantigua de doncella con su cofía blanca y su cara llena de arrugas me mire como si fuera un proveedor indiscreto que viniese a cobrar su

factura. Yo vengo aquí a traer a la señora marquesa un tesoro de hermosura, de gracia, de candor, de caricias para su madre y... francamente, ese servicio, no debe de ser pagado... así despectivamente, por toda esa gentuza de escaleras abajo. Ese servicio... debe ser pagado... debe ser pagado...

MARQUESA Comprendo, no insista usted en sus vergonzosas reticencias y hagamos todo lo breve posible esta entrevista repugnante. ¿Cuánto desea usted cobrar para entregarme a mi hija?

LUCIANO Nuestra hija, si no se molesta la señora marquesa...

MARQUESA Bien, nuestra hija... ¿Cuánto?...

LUCIANO Así me gusta, señora; claridad, brevedad... concisión y (desaprensión...) Ciento cincuenta mil francos, una futesa, la felicidad, como quien dice, por tan escasa suma..

MARQUESA La tendrá usted en cuanto me sea posible entregársela...

LUCIANO Y usted no dude, señora marquesa, de que su hija estará en esta casa una hora después de haber percibido los ciento cincuenta mil consabidos, los amigos que me han encargado de esta enojosa comisión.

MARQUESA ¡Miserable!...

LUCIANO Señora marquesa, me parece que no he dado lugar por mi falta de respeto a tan duro calificativo...

MARQUESA ¿Y cómo quiere usted que le llame al hombre que comete con una pobre niña la horrible infamia que usted cometió entonces conmigo?

LUCIANO El amor hace locuras y yo estaba perdidamente enamorado de la señora marquesa... Ya sé que alguien en aquella época tuvo verdadero interés en hacer creer al señor marqués, su padre de us-

ted, que mi... atrevimiento, vituperable, no lo niego, pero disculpable en un muchacho de veinte años, enloquecido por una hermosura celestial, era interesado. Interesado, ¡ah! no hay quien a los veinte años, señora marquesa, pueda pensar en hacer su fortuna, sino en deshacerla por una cara bonita... y yo, indudablemente, cometí un error gravísimo al dejarme llevar de mi pasión funesta, abusando vilmente, lo confieso, de la química y buscando en un narcótico el aliado que hizo caer en mis brazos y del paraíso de su inocencia el ángel de mis amores; perdone, señora marquesa, este arrebato poético.

MARQUESA ¡Qué horrible tortura la de tener que escucharle!...

LUCIANO Dije error gravísimo, porque sucedió que el señor marqués, cuando tuve la debilidad de contarle mi... infamia... ya ve usted que me hago justicia, al enterarse del terrible secreto que yo hasta entonces había guardado, en vez de abrirme los brazos como suegro cariñoso, sacó una pistola del cajón de su mesa de despacho y apoyándola en mi pecho dijo fríamente, me acordaré toda la vida de sus palabras: «Señor secretario, es usted un perfecto miserable. Podía matarle a usted como a un perro, pero no quiero manchar mis manos con la sangre de un reptil tan repugnante. Ahí va el pago de su acción, canalla, dijo, y me entregó diez billetes de mil francos; procure usted salir mañana mismo para América y no volver a Francia en la vida, porque sino donde le encuentre lo mato.» ¿Cómo negarme a insinuación tan cariñosa? A las cuarenta y ocho horas de esta entrevista, embarcaba en el puerto de Marsella en un magnífico trasatlántico con rumbo a Buenos

Aires, y créame usted, señora marquesa, en mi alma llevaba sangrando y profunda una terrible herida, una herida de odio no satisfecho.

MARQUESA ¡Cuándo acabará usted de torturarme!

LUCIANO Sin patria, sin amor, sin mi hija, en tierra extraña pasé diez años de mi vida, diez años de mi vida de aventuras, de miserias, de luchas espantosas, hasta que al fin, cuando las huellas del sufrimiento marcaron mi rostro con arrugas hondas y tiñeron de blanco mis cabellos, al saber que el señor marqués de Vervillers no podía enojarse por mi vuelta a Francia, por la sencillísima razón de que había emprendido un viaje mucho más largo que aquel a que tan amablemente me había invitado en lejana fecha, decidí tornar a la patria querida, buscar a usted, arrojarme a sus plantas, pedirle perdón, buscar a nuestra hija y desinteresada y amorosamente dejarla en sus brazos de usted, señora marquesa y ex-adorado hechizo de mi alma. (Intenta abrazarla.)

MARQUESA ¡Ah! ¡Eso no... no... no! Todo menos tolerar que usted se acerque a mí, porque me siento con fuerzas bastantes para defenderme y para clavarle en el corazón la hoja de este cuchillo, juguete hasta ahora, y en la mano de una mujer ultrajada arma bastante fuerte para llegar a su corazón. ¡Miserable!... (Le amenaza con un cuchillo corta-papeles.)

LUCIANO ¡Bien, bravo, hermosísima leona! No hay que enfurecerse. He visto en tu cara el mismo gesto que puso tu padre cuando me envió al destierro, y francamente, no quiero que riñamos... Quiero que seamos, ya que no otra cosa, buenos amigos... Vamos a cuentas: Esos ciento cincuenta mil francos, candidísima paloma, ¿cuándo me han de ser entregados? Por-

que, claro está, que no pensarías que quien crió y educó a tu hija, sin duda a costa de mil penalidades, va ahora a entregártela así sencillamente sin cobrar lo suyo, a toca teja, y conmovido por tu intenso amor de madre a diez y ocho años fecha. Quien prohijó a tu bello retoño es un honrado industrial, un prestamista vampiro que seducido por fabulosa ganancia sacó a la niña del Asilo de Caridad en que tu padre la había depositado, juzgando que quien llevaba estampada a fuego una corona sobre su pecho, era valiosa prenda, por cuyo rescate podría pedirse una fortuna.

MARQUESA ¡Pobre hija mía!...

LUCIANO Así fué. Cuando intenté reclamársela hizo valer sus derechos; quería entregártela a ti mismo. Dios sabe a costa de cuantos millones hubieras podido estrecharla entre tus amantes brazos. Pero yo, acostumbrado a pedir a la astucia lo que muchas veces suele negarse a la fuerza, valiéndome de un par de sujetos dispuestos a todo, he echado a perder la combinación a tan bellísimo sujeto y mirando por tus intereses, he arreglado el asunto de otra manera. (Desde este momento se presentan en la puerta del foro, ocultándose tras el biombo al cual dan la espalda Luciano y la Marquesa, el marqués de Vervillers, acompañado de monsieur Michaud, agente de policía, los cuales prestan suma atención a las palabras de Luciano. A su debido tiempo se presentan en escena.) Así pues, y cuado hagas firmar al señor marqués, tu esposo, el correspondiente cheque, porque ya comprendo que tú no podrás disponer así de cualquier manera de tan cuantiosa suma, yo te entregaré a tu hija, que por cierto es bellísima; se te parece extraordinariamente. (Con galantería.) Y además, en todo cuanto ha sido posi-

ble, fué cuidadosamente educada. Conque, cumplida la misión diplomática que me trajo a tu espléndida y señorial mansión, sólo me resta besar galantemente tu mano, si es que quieres otorgar tal distinción a quien aún en el fondo de su alma guarda para ti un dulce afecto. (La Marquesa retira su mano cuando intenta besarla.)

MARQUESA Basta... (Toca el timbre y aparece la doncella, a la que le indica acompañe a Luciano.)

LUCIANO Perfectamente, me es lo mismo. Lo cortés no quita lo valiente. Hasta la vista. (Michaud y el marqués de Vervillers cruzan por detrás del biombo, y cuando Luciano va a salir, Michaud con un revólver le interrumpe el paso.)

## ESCENA III

Dichos, MARQUÉS y MICHAUD.

MICHAUD Largo será ese plazo, tunante. Al fin caíste entre las uñas del lobo...

LUCIANO (Casi sin inmutarse y con frialdad extraordinaria, al ver que le apunta con el revólver.) ¡Ah, señora marquesa! esto es una vulgar encerrona, y siento mucho, muchísimo, haber sido engañado de tal modo por una mujer, indigna, indudablemente, de todos los respetos que la he tenido. Estamos pagados... Vileza por vileza... La mía de antes por la tuya de ahora...

MARQUESA Yo no le he delatado a usted; soy incapaz de esa infamia...

MICHAUD Yo fuí, buena pieza, quien siguiendo tu rastro he logrado ponerte la mano encima. ¡Quieto!... ¡Quieto!... ¡Quieto!... Te conozco, Luciano Yvry, y tienes largas cuentas que saldar conmigo. (Luciano, lentamente y mientras habla, va aproximándose al bal-

cón, que está entreabierto, y por el que se divisan las copas de los árboles del jardín. Su intención es arrojarse por el balcón citado en el momento oportuno para alcanzar la libertad, y así lo hace cuando la situación lo exige, pero corriendo antes a ocultarse tras el biombo para engañar a Michaud, el cual, chasqueado por la falsa maniobra de Luciano, deja que éste salte por el balcón libremente.)

LUCIANO Perfectamente; esto prueba que es usted un sabueso con finísimo olfato. (Va acercándose al balcón.) Y a fe, a fe que yo he sido lo bastante torpe para dejarme cazar como un corzo asustado. Como un corzo, quien en los bosques americanos luchó contra los tigres y las panteras... La agilidad, la astucia y la fuerza sometidos a la voluntad de un hombre, al que...

MICHAUD Basta de inútiles retóricas y sal delante de mí pronto, porque sino... (Le amenaza.)

LUCIANO Un momento, un momento. Con usted hablo, señor marqués de Vervillers. Por si usted lo ignora, debo revelar a usted el secreto que me une a la señora marquesa, hace ya bastantes años.

MARQUESA ¡Dios mío!... ¡Perdón, Alfredo!... (A marqués, arrodillándose.) ¡Perdón! ¡Debí habértelo revelado! ¡Soy una desgraciada!...

LUCIANO Esa señora, esa mujer que lleva su ilustre nombre, antes de ser su esposa de usted, fué mía. Pregúntela usted cómo... Es una historia muy divertida...

MARQUÉS No necesito saberlo. Sin duda fué a traición y de una manera inícua; de la única manera que puede triunfar de la virtud y la inocencia, la infamia y la cobardía. Sólo sé, porque he llegado a oirlo de sus labios, que después de haber deshonrado a la mujer, torturaba usted a la madre, y esa es una acción tan vil que aun a trueque de manchar mi mano no

quiero dejar sin castigo. (Intenta abofetearle, pero Luciano le sujeta fuertemente la mano impidiéndoselo.)

LUCIANO ¡Ni yo sin venganza! ¡Nos veremos!... Hasta muy pronto, señor marqués. (A Michaud.) Para ti hasta nunca... ¡Imbécil!... Los gauchos de la Pampa no se dejan cazar tan fácilmente. (Salta por el balcón, después de ocultarse detrás del paravent. Michaud se asoma a dicho balcón y dispara. Después sale precipitadamente como en persecución del fugitivo.)

MARQUESA ¡Perdón, Alfredo, perdón!

MARQUÉS ¡Amor, piedad y respeto! Susana mía! Lo sé todo, todo. (La abraza, y señalando a Enriqueta, la doncella, dice:) ¡Ella me lo ha revelado!

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL CAPÍTULO SEGUNDO

# CAPÍTULO TERCERO

## *EL LEON Y EL ZORRO*

Guardilla con ventana, practicable al foro, por la que se divisan los tejados de París. Puertas al foro e izquierda. Lucette, al levantarse el telón, está sentada de espaldas a la ventana y leyendo.

### ESCENA PRIMERA

LUCETTE y LEFORET. Después POLION y COLINET.

LEFORET (Saltando por la ventana de la guardilla. Lucette da un grito de espanto al apercibirse de su presencia.) No, no te asustes, paloma, que no vengo a reñirte. ¿Sabes, hija mía, que ya no están mis piernas para andar por estas alturas? Déjame que descanse. Vaya un nidito que te han buscado. ¡Caramba, caramba, caramba! ¡Vaya, vaya, vaya! Y como nos la jugaron Luciano y sus compinches. ¿De modo que desde que te arrebataron de mis amantísimos brazos, estás aquí secuestrada? ¡Quince días mortales sin tener noticias tuyas y privado de tus dulcísimas caricias!... ¡Ah! ya verás que pronto nos las van a pagar todas juntas. (Asomándose a la ventana y llamando a Colinet y Polion, que entran con mucho re-

celo.) Colinet, entra, hombre, entra sin miedo, y tú, Polion, entra también, que la señorita Lucette os consiente que la ofrezcais vuestros respetos. Mira, Lucette, hija mía, trátales con cariño, que si no es por ellos, de seguro que a estas horas estarías llorando mi muerte... ¡Ah! y no te extrañe el camino que hemos escogido para visitarte, pues a pesar de todo es el menos peligroso y el más expedito.

LUCETTE Créame usted, señor Leforet, que tengo verdadera satisfacción por encontrarle sano y salvo...

LEFORET Gracias, gracias, hija mía; eso prueba que eres buena y que no has olvidado los beneficios que te he hecho. Cuenta, Polion, cuentá a la señorita Lucette como la Providencia en sus designios inexcrutables se valió de vosotros para sacarme del mullido lecho en que blandamente me habían depositado el señor Luciano y sus apreciables amigos...

POLION ¿Lo cuento todo?...

LEFORET Sí... todo, hombre... todo...

POLION ¿La verdad?

LEFORET La verdad, lisa y llana.

POLION Pues es el caso, señorita Lucette, que éste y yo, mejor dicho éste, había apandao un reloj junto al puente de Austerlitz. ¡Tiene éste unas manos!...

COLINET Gracias, se hace lo que se puede...

POLION Bueno, pues, nos fuímos con la alhaja, como de costumbre, a casa de Papá Leforet, y como de costumbre Papá Leforet nos dió por el reloj la décima parte de lo que valía.

COLINET ¿La décima parte?... ¡Qué si quieres!...

POLION Tiene razón éste; debió darnos, como de costumbre, la décima parte de su valor, pero aquel día el señor Leforet sin duda estaba de broma, y para hacernos

hablar nos dió una moneda de cinco francos completamente falsa. Volvemos a deshacer el error a casa de Papá Leforet, y que diga él como nos lo encontramos...

COLINET En las últimas...

POLION Pues estaba tan ricamente instalado entre dos colchones, como para hacer un viaje a la Siberia.

COLINET ¡Y cómo soplaba!...

POLION Parecía un fagot con sordina!...

LEFORET La cosa no era para menos. Vosotros ahora lo tomáis a broma, pero buen susto os llevasteis al ver que el viejo Leforet se os iba de entre las manos.

COLINET Como que ya no íbamos a tener quien nos pagase nuestro honrado trabajo a tan buen precio como usted lo pagaba...

LEFORET ¡Ah! y os lo seguiré pagando mucho mejor, hijos míos, porque ahora nobleza obliga...

POLION Resultado, que le quitamos la mordaza y las ligaduras que le molestaban un poco...

LEFORET Y los tres nos pusimos inmediatamente en campaña para encontrarte.

COLINET El golpe estaba bien dado.

LEFORET Pero no era contra mí, sino contra ti, hija mía, que por azares de la suerte tienes de ser la única heredera de una empingorotadísima señora.

LUCETTE Sí, sí por desgracia... lo sé todo...

LEFORET Como en las novelas... Pues nosotros no hemos podido averiguar absolutamente nada más hasta ahora que el sitio donde esos bandidos te ocultaban, que por cierto había sido hábilmente escogido, pues ¿quién iba a sospechar que estabas en la casa de al lado de la nuestra, pared por medio, como quien dice, de mi palacio de compra y venta?

POLION Madame Gringolet, la portera de esta

casa, que está en relaciones íntimas con el seductor Colinet, es quien nos puso en autos...

LEFORET (Aparte a Polión.) (Comienza la farsa. Veremos si traga el anzuelo.) (A Lucette.) Ante todo, te advierto que el famoso agente Michaud, uno de los más finos sabuesos de la Prefectura, está abajo en acecho. Y ahora vamos a ver si nos ayudas en nuestras investigaciones, y por el hilo sacamos el ovillo... (Siéntase junto a Lucette y habla con ella.)

POLION (Aparte a Colinet.) ¿Sabes que me están entrando ganas de hacerme yerno de Papá Leforet y quedarme con el negocio? La chiquilla es preciosa...

COLINET Partiremos... Para mí la renta, y para ti sus hechizos...

POLION Para ti una caricia de ésta... (Saca la navaja.) como lo tomes a broma...

LEFORET (Como siguiendo su conversación con Lucette.) De modo que Luciano Yvry es tu padre, según él mismo te ha revelado...

LUCETTE Así parece...

LEFORET ¿Y cómo se explica todo eso?

LUCETTE El lo sabrá, ya que no sé nada más que lo que él me ha dicho...

LEFORET Pero tu madre... ¿quién es tu madre?

LUCETTE ¿Usted cree que si yo lo supiera no se lo diría? Pero el señor Luciano me oculta su nombre. Ayer, obligada por él, le he escrito una carta pidiéndole que entregue ciento cincuenta mil francos por mi rescate.

LEFORET ¡Ah! ¡Tunante!... En fin, por de pronto ya sabemos a qué atenernos. ¿Tú te fías de nosotros?

LUCETTE Ni de usted, ni de ninguno.

LEFORET Me parece, que aunque poco, me debes algún agradecimiento. Mis cariños y mis cuidados podrán haber sido egoístas, o con su cuenta y razón, que todo cabe;

pero no por eso habrán dejado de ser cuidados y cariños, y aunque para mí hubiera sido un negocio prohijarte, este es un negocio que como todos los negocios merece respeto. ¿Por qué razón ni con qué derecho ese hombre tasa en ciento cincuenta mil francos los sacrificios que por ti hice, y además me roba ese dinero? Tú, lo menos que puedes hacer por el viejo Leforet, que te ha criado junto a sí, que te ha vestido, que te ha educado, que te dió el nombre de padre, es contribuir a que le sea devuelto su capital y los intereses...

LUCETTE ¡Ah! si yo pudiera decirle a usted eso: ¿Cuánto vale lo que usted hizo por mí? ¿Tanto? Ahí va su dinero; déjeme usted libre... ¡Qué feliz sería!...

LEFORET Pues de eso se trata, precisamente de eso, de que me digas quién es tu madre, y ya que tú no puedes, que ella me pague, no a peso de oro, que la avaricia no me ciega, sino en lo mucho que valen tus caricias, tus amores, la hermosura que le entrego, por el desmedrado cuerpecillo de la hospiciana que hace diez y ocho años saqué del Asilo. Eso, eso es lo que yo quiero que se me pague, eso y nada más que eso. ¡Ah, y quién puede asegurar que no valen un millón tus caricias, tus ternuras, tus alhagos, la dicha inmensa de poder decir esta es mi madre; la indecible ventura de encontrar a los veinte años una hija honrada y bella!

LUCETTE En eso tiene usted razón, señor Leforet.

LEFORET Vaya si la tengo. Pues por eso, precisamente por eso, vas a hacer todo lo posible para pagarme lo que me debes...

LUCETTE ¿Pero cómo?

LEFORET Tú verás: ha sido una ingeniosísima idea de Polion, que tiene una gran fantasía.

Como él durante algún tiempo estuvo en el laboratorio de Mr. Degranville, uno de los más famosos químicos de Francia, conoce a maravilla los efectos de los más rapidísimos narcóticos. Uno de ellos, ¿verdad, Polion? es verdaderamente prodigioso. Enséñale a la señorita Lucette esa fragilísima ampolla de cristal en la que se encierra su felicidad, la de su madre, mi venganza y nuestra fortuna.

POLION Aquí está, papá Leforet, pero cuidado con ella, que un soplo podría quebrarla y entonces...

LEFORET Entonces, hija mía, al romperse el cristal, el líquido se derramaría y un sueño profundo, un dulcísimo sueño te privaría a ti y a tu padre durante algunos minutos del agradabilísimo goce de la vida. ¿Comprendes, Lucette? Durante algunos minutos, solamente durante algunos minutos; un breve instante, en el que sin riesgo alguno para ti, para él y para nosotros, Luciano Yvry, el terrible pampero de fuerzas hercúleas y de audacia insuperable, podría ser cuidadosa y fuertemente amarrado por Colinet, que es una verdadera especialidad en estos trabajos.

COLINET Tengo el gusto de asegurar a usted, señorita, que le sería bastante difícil a monsieur Luciano desprenderse de las ligaduras.

LUCETTE Eso es una infamia que yo soy incapaz de cometer con nadie.

LEFORET Es preciso advertirte que para que los efectos del narcótico sean completos, la habitación ha de estar herméticamente cerrada durante algunos segundos, los necesarios para que el líquido se volatilice e impregne la atmósfera con el sutil perfume. Nosotros nos encargaremos de este detalle. Colinet y Polion conmigo tras esa puerta y monsieur Michaud y sus

agentes tras esa otra, después que él haya entrado.

LUCETTE ¡Dios mío! ¿Será posible sufrir mayor tormento?...

LEFORET Nos parece que la elección no es dudosa. O el sueño reparador y tranquilo, durante el cual se puede uno encontrar en la Comisaría con enorme sorpresa, pero sin grave detrimento alguno, o la lucha a lo fiera, en la que al fin no hay más remedio que entregarse herido y maltrecho. Escoge, hija mía, la solución que mejor te parezca. Aquí en esta mesa, al alcance de tu mano, escondida en este pañuelo, queda la sutilísima burbuja de cristal, a la que yo fío mi fortuna, la felicidad tú, tu madre y Luciano, tu padre, acaso... su vida...

COLINET (Aparte a Leforet.) (Se tragó todo el anzuelo...)

POLION Siento pasos. Alguien sube la escalera.

COLINET Será Luciano...

LEFORET Cada uno a su puesto... El zorro astuto va a cazar al león en su trampa...

LUCETTE ¡Ampáranos, Dios mío!

## ESCENA II

LUCETTE y LUCIANO. Este último con traje elegante de cazadora. Lleva un gran ramo de violetas.

LUCIANO Buenas tardes, Lucette; mi ausencia hoy ha sido larga, pero mira lo que te traigo para desenojarte. Un ramo de violetas.

LUCETTE ¡Qué lindas!

LUCIANO Las primeras que he visto en el bulevard. Todas las que Lisette tenía en su canastillo. Cien francos me han costado. Cuanto llevaba en su cartera el fabulosísimo

banquero Dorevilli. ¡Miserable!... La verdad es que no hay derecho a engañarle a uno de tal modo. Estás triste Lucette... ¿Por qué estás triste, niña mía?...

LUCETTE (Mirando azorada a la puerta tras de la que se ocultan Leforet y dichos.) No sé, no sé. Por nada...

LUCIANO Yo sí lo sé; pero no quiero que tú me lo digas, sino decírtelo yo mismo, para atormentarme. Estás triste porque, a pesar de lo prometido, hoy no te libré de tu encierro... ¿Verdad?... Estás triste porque hace quince días que el amor te espera, ¿verdad?... Estás triste porque esta mañana no he venido a distraerte con el relato de alguna de mis hazañas de gaucho. Por todo eso estás triste, Lucette, pero ya verás qué pronto se desarruga el entrecejo encantador del único querer de mis quereres. ¿Qué hiciste todo el día?

LUCETTE Lo de ayer, lo de siempre, lo de todos los días en mi encierro: leer mucho, leer a todas horas...

LUCIANO Oyeme, Lucette. Yo no sé si habré sido ayer cruel, muy cruel contigo, contándote la verdad, toda la verdad de mi vida aventurera y llamándote por primera vez ¡hija mía! para que me perdonases... como piadosa y amorosamente lo hiciste... Escúchame, Lucette: yo no fuí malo, un triste amor, una ambición loca me hizo cometer una infamia, y ya luego rodé despeñado de desventura en desventura, teniendo por único castigo el afán de encontrarte, como al fin te encontré, hija del alma... ¿Soñé?... Verás tú qué locura... Soñé que robar para ti no era delito; pensé que la hija de mi amor envuelta en harapos, había sido llevada a un asilo, y sentí entonces una fiebre loca de arrebatar a todos sus riquezas, de arrebatarles sus joyas, de atesorar piedras preciosas para rescatar algún día, un di-

choso día, tu pobre cuerpecillo de niña abandonada y envolverlo entre encajes, perlas y brillantes... Aquella era mi revancha. Pero ¡bah! la suerte tiene bromas terribles. Robé para ti... robé mucho... jugué para aumentar tu fortuna, y mira, ahí lo tienes todo, con todo lo que para ti he robado no pude comprarte más que ese ramo de violetas. (Lucette coge las violetas y apasionadamente las besa.)

LUCETTE ¡Ah!... Gracias, gracias... ¡Benditas flores!...

LUCIANO ¿Me quieres, Lucette?... ¿A pesar de todo?... ¿Me quieres?... Contesta...

LUCETTE A pesar de todo... ¡Te quiero, padre... te quiero!...

(Polion, desde la primera puerta derecha, apunta con un revólver a Luciano. Leforet indica a Lucette que rompa la ampolla de cristal, que guarda el narcótico. Lucette, sentada frente a la puerta a la que Luciano da la espalda, se turba visiblemente. Esta escena muda no escapa a la perspicacia de Luciano, que comprende, por la actitud de Lucette, que algún peligro le amenaza.)

LUCIANO (Levantándose rápidamente y mirando a todas partes procura descubrir dónde está el peligro. Después interroga a Lucette.) Mírame... así... así... fijamente. Más... más cerca. No; en tus ojos no se refleja la traición; es el espanto. ¿La traición?... Perdóname esta duda, Lucette... ¿Tú por qué habías de traicionarme? Y, sin embargo, yo también siento como tú, temor de que un peligro, un terrible peligro me amenaza... nos amenaza... ¿Dónde?... ¿Cómo?... Pero el peligro existe... Tu palidez lo dice... Tu mano temblorosa... también... (Otra vez se sienta junto a Lucette, volviendo la espalda a la puerta.) Allá en los bosques americanos, ¿recuerdas?... Ayer te lo contaba... La cobra, el reptil repugnante esconde su cabeza entre los anillos, dispuesta a lanzarse sobre

su víctima... (Vuelve a aparecer en la puerta Leforet y Polion, apunta a Luciano nuevamente. Lucette, obsesionada por el relato de Luciano, a la vez que impresionada por la actitud de Polion, cuando llega el momento oportuno coge la ampolla de cristal y la arroja al suelo, rompiéndose ésta al tiempo que Lucette se desmaya y Luciano, queriendo vencer la angustia que le produce el narcótico, llega hasta la ventana y rompe un cristal de ella, abriéndola luego violentamente.) No se la ve, y, sin embargo, su mirada fijamente tenaz nos llega hasta el alma, y como ahora... parece sentirse el frío aliento de la muerte...

LUCETTE Sí... sí... Te acechan... te espían... te matarán. Allí... (Al señalarle la puerta y volverse Luciano, coge la ampolla de cristal y la arroja al suelo, no sin que éste sorprenda el movimiento de Lucette y su actitud de espanto.)

LUCIANO ¿Qué has hecho?...

LUCETTE ¡Salvarte, padre!... (Cae desmayada.)

LUCIANO (Luchando con los efectos del narcótico, vacilante llega hasta la ventana.) ¡Qué angustia!... Aire... aire... Me ahogo... ¡Ah! (Rompe algunos cristales de la ventana y respira fuertemente. Después va a la puerta tras la que se esconden Leforet, Polion y Colinet y la sacude violentamente.) La puerta cerrada... Allí te espían... te acechan, dijo... (Vuelve a donde está Lucette, y después de escuchar si late su corazón da muestras de intensa alegría.) Vive, vive... Adiós, hija mía. Hasta muy pronto. Mi venganza será terrible. (Vase.)

## ESCENA III

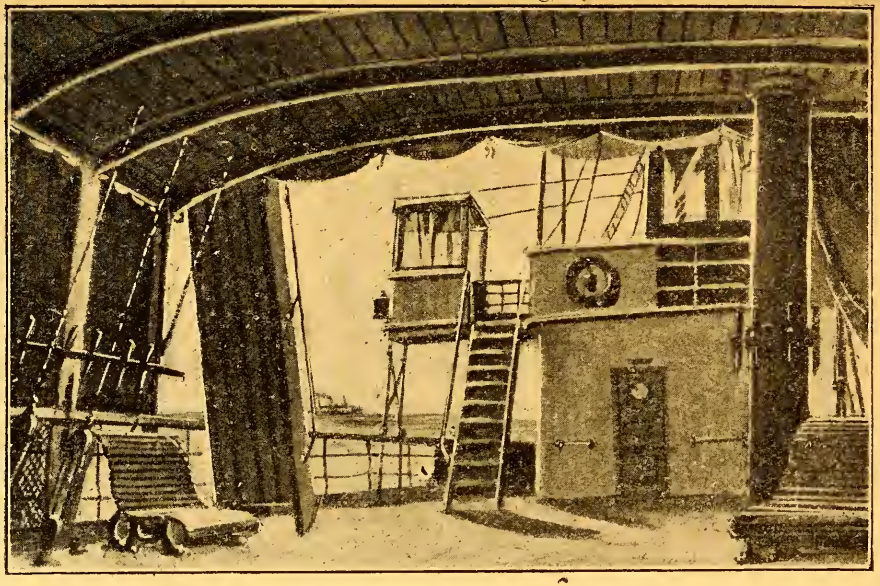
LUCETTE, LEFORET, POLION y COLINET.

LEFORET (Sale muy lentamente y reconociendo con toda suerte de precauciones el terreno; le siguen en la misma ac-

titud Colinet y Polion.) El zorro astuto venció al león poderoso y le arrebató su presa. A enemigo que huye... puente de plata. Buen hallazgo tendría Michaud abajo, si yo hubiera cometido la tontería de trabajar por su cuenta. (Se asoma a la puerta del foro y vuelve.) El paso está libre para todos, y ahora es preciso poner entre Luciano y nosotros, no mucha tierra... mucha agua por medio...

TELÓN RÁPIDO

## FIN DEL CAPÍTULO TERCERO



DECORACIÓN DEL CAPÍTULO CUARTO

Obra del pintor escenógrafo señor Sanchís.—Talleres: Plaza de Toros. —Valencia.

# CAPÍTULO CUARTO

## *A BORDO DEL "NEWCASTLE"*

Trozo de cubierta a babor de un gran trasatlántico. A la derecha vense las puertas de los camarotes de primera. A la izquierda la baranda y el mar. Al fondo, y en perspectiva, el puente practicable. Sobre cubierta la animación es extraordinaria. Es de noche. La luz de la luna ilumina al mar. A lo lejos se oyen los acordes de un sexteto de cuerda, que se supone toca una tanda de valses en la cámara del barco. En los teatros donde se ponga este acto con la película, debe ensayarse con escrupulosidad, pues de ese modo indudablemente aparecerán a tiempo debido sobre la pantalla, tanto el trasatlántico como el náufrago. De todos modos, la discreción de los actores salvará el pequeño obstáculo, si lo hubiese, entreteniendo ligeros instantes la escena.)

### ESCENA PRIMERA

COCARDE, ECREVISE, CAPITÁN y varios pasajeros en escena. Los caballeros visten smoking.

ECREVISE. Buen tiempo, capitán. (Al capitán, que pasea.)
CAPITÁN. Noche de calma. (Contesta secamente y se aleja.)
COCARDE. Y de fiesta a bordo.
ECREVISE. ¿Y papá Leforet?
COCARDE. Como una marmota. Está metido en el cajón del neceser, como yo le llamo al

blando lecho de la litera. Desde que embarcamos en el Havre, sólo abre un ojo de cuando en cuando, me mira, lo cierra, lo vuelve a abrir, lo vuelve a cerrar, suspira y con voz cavernosa, que parece que le sale de los bolsillos del chaleco, me dice: «Cuida a Lucette, que es nuestra fortuna», y a Lucette le ha dado por no marearse y sube y baja, y salta y brinca del puente a la cámara y de la cámara al puente, y yo loco tras de ella, como si fuese una niñera, para que no se estropee la señorita... ¿Y tú qué?...

ECREVISE Pues yo, entre tumbo y tumbo, aquí me agarro, allí me suelto, y a compás de la orquesta, mira: tres relojes. (Saca del bolsillo tres relojes.)

COCARDE Vamos a dar la hora...

ECREVISE Como que si dura mucho la fiesta, los únicos que la tendremos a bordo seremos nosotros.

COCARDE Por mí, venga baile... Mira, por allí viene Lucette. Voy a ver si puedo enviársela a Papá Leforet para que se consuele.

ECREVISE Ni lo intentes. ¿Sabes que me da muy mala espina ese hombre?...

COCARDE ¿Será un detective?

ECREVISE Puede, porque gasta monocle, va afeitado y fuma en pipa, que es como si dijéramos el uniforme de ellos.

COCARDE Por si acaso, al camarote... que estos tienen un olfato... (Vanse mirando con recelo a Mr. Michaud, que llega acompañando a Lucette. Ambos se sientan en el primer término.)

## ESCENA II

MICHAUD y LUCETTE.

MICHAUD (Como si continuase una conversación.) ¡Ah! señorita, yo comprendo que es usted una

joven verdaderamente valerosa ; pero sin duda tendrá usted que verse sometida a pruebas bastante duras hasta lograr encontrarse en los brazos de su madre.

LUCETTE ¿Será posible?...

MICHAUD Nuestros enemigos son fuertes, astutos y poderosos, y no han de dejar escapar la ocasión de lograr una fortuna por su rescate de usted, señorita.

LUCETTE Pero esta es una horrible persecución.

MICHAUD Su padre de usted es un hombre verdaderamente temible.

LUCETTE ¡ Mi padre ! Es verdad que es mi padre... ¡ Qué vergüenza ! ¡ Pero a pesar de todo es mi padre !... (Con acento en que se refleja inmensa piedad.)

MICHAUD Desde Liverpool sigo sus huellas para detenerle hace cerca de un año, por encargo del Banco de Londres, y aun no he logrado mi deseo. Es verdaderamente admirable su resistencia física, su valor, su sangre fría, su audacia sin límites y el arte supremo con que desfigura su rostro sin caracterizarse, hasta el punto de que he estado junto a él muchas veces sin lograr reconocerle. Si todas estas admirables cualidades que posee hubieran sido aprovechadas por él honorablemente, Luciano Yvry hubiera sido un artista inmenso. Es mi enemigo, pero aun siéndolo le admiro.

LUCETTE (En un sollozo.) Y es mi padre...

MICHAUD Perdone usted, señorita, el dolor que le causan mis palabras, pero todo ello es preciso para prevenir a usted en contra suya.

LUCETTE (Con amargura.) ¡ En contra suya !...

MICHAUD Si es que usted verdaderamente desea reunirse con su madre.

LUCETTE Sí, sí, con mi madre primero...

MICHAUD Ha dicho usted primero, señorita...

LUCETTE Sí, he dicho primero, porque no sé qué

extraña fascinación ejerce sobre mí ese hombre, con sus miradas en las que hay algo así... no sé cómo decirlo... algo así como una súplica, como un deseo de perdón, no sé cómo explicarme, ni cómo explicarlo...

MICHAUD Es el amor de padre, señorita, el que usted ha leído en sus ojos: he tenido muchas ocasiones de observar esa pasión, exaltada hasta un punto inconcebible, en los mayores delincuentes; único amor que llega a dominarles en absoluto y al cual suelen deber la redención muchas veces.

LUCETTE En cambio, Leforet, mi padre adoptivo, me produce una repugnancia invencible...

MICHAUD Se explica. El señor Leforet es mezquino, canalla. Luciano Yvry, en sus delincuentes extravíos, a veces es generoso, y sus heroicidades producen admiración y simpatía, malsana, verdad, pero al fin simpatía. (Transición.) El tiempo urge, señorita, para ponernos de acuerdo. Mañana al amanecer llegaremos al puerto de las Palmas. Si usted lo desea, y a su instancia, solicitaré de las autoridades su desembarco y regresaremos a Francia.

LUCETTE Yo haré lo que usted ordene.

MICHAUD Está bien, señorita, y yo conduciré a usted al palacio de la marquesa de Vervillers. Después, cumpliendo con mi deber, terminaré la misión que me encomendó el Banco de Londres. (Oyese a lo lejos la sirena de un barco e inmediatamente contesta la del Newcastle, correspondiendo al saludo marítimo. Cesa la orquesta dentro. Rápidamente salen algunos pasajeros por el pasillo de la cámara y acercándose a la borda miran al mar con ansiedad intensa. Sobre el puente la oficialidad y el capitán miran con los gemelos. Pasajero 1.º rodeado de todos.)

PASA. 1 Es el «Vestern», de la compañía Cunard.

PASA. 2 Hermoso trasatlántico.

PASA. 1 Uno de los barcos más grandes que cruzan el Océano.

PASA. 2. Marcha con una velocidad extraordinaria.

PASA. 1 Ya rebasa nuestra línea.

PASA. 2 Llegará dos horas antes que nosotros a las Palmas.

PASA. 1 Y tres días después que él, llegaremos nosotros a América. (Vuélvense a oir las sirenas. Después un grito de espanto de todos los pasajeros, que miran con ansiedad. Una voz de un marinero grita. "¡Hombre al agua!" La tripulación se dispone al salvamento del náufrago, y sobre el puente el capitán ordena la maniobra, demostrando gran asombro por lo que ocurre a bordo del otro buque.)

MARINERO (Dentro con voz estentórea.) ¡Hombre al agua!

CAPITÁN Es inútil hacer señales. Ni el capitán ni el pasaje del «Vestern», se han apercibido de la desgracia y el barco fuerza su marcha en este momento. (Suena el pito ordenando la maniobra.) Pronto... pronto... El náufrago nada hacia nosotros. Que pare la máquina. ¡Mete todo a babor! Una chalupa y los avíos. (Un oficial se dispone a cumplir la orden del capitán. Momento de ansiedad suprema en todo el pasaje que contempla el salvamento del náufrago.)

PASA. 1 Ya se le ve...

PASA. 2 Cada vez nada con más energía hacia el bote...

PASA. 1 Ya se acerca...

PASA. 2 Ya llega...

PASA. 1 Por fin...

PASA. 2 Se ha salvado... (La tripulación prorrumpe en un hurra de alegría. El pasaje vitorea y todos se acercan a la escala de babor, por la que pocos instantes después, y sostenido por dos marineros, aparece, disfrazado, también de marinero, Luciano. Todos le rodean solícitos. El capitán le abraza. Lucette se acerca curiosamente a contemplarle y lanza un pequeño grito de angustia al reconocer a su padre, pero luego se repone y disimula, al oir lo que Luciano con acento su-

plicante le dice. La orquesta vuelve a tocar un tiempo de wals.)

LUCETTE Es él... Sí... sí... es mi padre...

MICHAUD Juraría... pero no, es imposible. (Acercándose y mirando con insistente curiosidad.)

CAPITÁN Pronto, pronto, a mi cámara y que se le atienda con el mayor cuidado.

LUCIANO (Con ansiedad suplicante a su hija en un momento en que nadie puede oirle.) Un gesto, una mirada tuya, me pierden... Silencio, hija mía...

MICHAUD (Se acerca al náufrago y le contempla con escrupulosa atención. Luciano simula desmayarse.)

TELÓN RÁPIDO

## FIN DEL CAPÍTULO CUARTO

# CAPÍTULO QUINTO

## *EL CASTILLO DE VERVILLERS*

En la costa de Bretaña. Castillo de Vervillers en ruinas. Al fondo boscaje. En primer término derecha un torreón estilo gótico medio derruido. Queda solo en pie un lienzo de pared. En el basamento de la misma se abrirá una puerta secreta: una piedra que gira deja al descubierto un paso subterráneo. Es la caída de la tarde, lentamente anochece, y a su tiempo alumbran la escena los rayos de la luna.

### ESCENA PRIMERA

MICHAUD y cuatro agentes de policía.

MICHAUD Señores, toda precaución es poca, pues nos jugamos la vida. Vamos a acorralar a la fiera y de seguro no se rendirá sin hacer presa. Lo que es necesario a toda costa es evitar una desgracia. Silencio absoluto y energía y rapidez en la acción. Búsquense ustedes los sitios más escondidos y estratégicos posible, y sobre todo estén rápidamente a punto, a la menor demanda de auxilio.

AGENTE 1 Cumpliremos nuestro deber...

AGENTE 2 Ya hemos luchado con gente tan peligrosa como esta y casi siempre hemos salido triunfantes.

MICHAUD Sí, sí, ya sé que son ustedes lo más escogido de entre lo mejor del servicio; pero hay que tener muy presente que la suerte de este hombre corre parejas con

su audacia y valentía. ¿Tienen usted preparadas las linternas?...

AGENTE 1 Todo está a punto...

MICHAUD Pues a la espera y mucho cuidado con las imprudencias, que suelen pagarse cara. Un silbido de mi sirena ya saben ustedes que es el aviso para salir de los escondites y obrar con energía.

AGENTE 1 A la orden.

AGENTE 2 A la orden. (Vanse todos.)

MICHAUD Hasta muy pronto.

## ESCENA II

MICHAUD.

(Revisando los objetos que cita en el monólogo.) Las esposas... corrientes. La browing bien cargada... La mordaza, el frasco de cloroformo. Todo a punto. Y ahora una ligera inspección del terreno. Es conveniente reconocer el lugar donde ha de verificarse una batalla. A veces el detalle más insignificante, como una piedra, un árbol, un macizo de arbustos, pudiera ser causa de la victoria. (Después de reconocer el terreno.) Perfectamente. Nos veremos, Luciano Yvry. El duelo será a muerte... Alguien llega. ¿Será él?... Faltan quince minutos para la hora y estos bandidos suelen ser puntuales. Sin duda será la marquesa de Vervillers que acude a la cita. Ella es, en efecto.

## ESCENA III

MICHAUD y la MARQUESA. Esta viste el traje propio de viaje en automóvil.

MICHAUD A los pies de usted, señora marquesa. (La marquesa da un pequeño grito de espanto y de sor-

presa y se repone inmediatamente, saludando a monsieur Michaud.)

ARQUESA ¡Ah! es usted, Mr. Michaud.

ICHAUD Siento en el alma haberle causado este pequeño sobresalto a la señora marquesa.

ARQUESA ¿Por qué ocultarlo? Tengo un miedo verdaderamente espantoso; pero una madre es capaz de arrostrar todos, absolutamente todos los peligros, por estrechar a su hija en los brazos. ¿No me engañará ese hombre? ¿Verdaderamente será cierto que dentro de breves instantes sonará la hora más feliz de mi vida?

ICHAUD Todo está dispuesto para que la señora marquesa logre esa felicidad que desea y para que yo satisfaga mi amor propio capturando a Luciano Yvry, después de un año de tenaz persecución.

ARQUESA ¿Y no hay medio de hacer desistir a usted de su afán de venganza?

ICHAUD ¡Mi venganza!... Señora marquesa, no puede calificarse de tal modo la satisfacción del deber cumplido.

ARQUESA ¿De modo que es absolutamente preciso que usted le detenga?

ICHAUD Absolutamente preciso que yo le entregue a las autoridades.

ARQUESA Yo no hubiera querido hacerle ningún mal. Sólo pretendía que me entregase a mi hija, y por eso, accediendo a los deseos manifestados en su carta, he venido a este castillo de mis antepasados, ya en ruinas, a verificar el rescate de mi Lucette. Traigo conmigo en billetes la suma convenida de ciento cincuenta mil francos. ¿Traerá él a mi hija? ¿Será esta cita una añagaza, acaso para secuestrarme? Todo hay que temerlo de ese hombre, y por eso le supliqué a usted que acudiese a defenderme. Pero ahora usted, cumpliendo con su deber, lo comprendo, intenta detenerle y mi reputación está comprometida, pues

el secreto terrible de mi existencia seguramente será divulgado al conocer los tribunales este asunto; y yo, Mr. Michaud, pregunto a usted: ¿Cuánto vale la libertad de Luciano Yvry? Póngala usted precio. Sea éste cual fuere, estoy dispuesta a pagarlo. Mi esposo me autoriza también a ello.

MICHAUD Su captura representa la satisfacción de mi amor propio triunfante, y esto, señora marquesa, para un detective enamorado de su oficio no tiene precio.

MARQUESA ¿De modo que es inútil mi insistencia?

MICHAUD Completamente inútil. Ahora que su amor de fiera, el único amor de su vida, su amor de padre me lo entrega, haciéndole perder el instinto de defensa, ¿cómo quiere usted que yo ponga precio a la inmensa alegría de humillarle?

MARQUESA Sea. El lo ha querido. Su imprudencia, si viene, fatalmente le acarreará el castigo.

MICHAUD Cierto, ciertísimo, señora marquesa; porque por imprudencia suya y del encargado de hacer llegar a usted la carta en que la citaba para esta noche entregarle su hija, yo antes que usted la había leído y conocía perfectamente el sitio y la hora de la cita: y en prueba de ello, aquí está la copia de esta carta. Permítame usted que la lea: «Susana: Quiero entregarte yo mismo a nuestra hija, y aunque el capricho te parezca extraño, o fantasía de poeta realizarlo de tal modo, tengo mis razones para que el solemne acto se verifique dentro de tres días, el jueves próximo, a las cinco en punto de la tarde y en la plazoleta de entrada de tu antiguo castillo de Vervillers, en Bretaña. Lleva contigo en billetes los consabidos ciento cincuenta mil francos y nuestra dicha será completa: la tuya al estrechar a tu Lucette en los brazos; la mía al recoger

el dinero. Tuyo siempre y como siempre obligado *Luciano.*» Verdaderamente es incomprensible que este hombre, todo ingenio, todo astucia, se meta en la boca del lobo como el más tonto de los delincuentes, sucumbiendo a un acceso de vulgar romanticismo y queriendo terminar este chantage, con decoración de selva, en la plazoleta de un castillo gótico derruido y al crepúsculo de la tarde. Pero precisamente estas tonterías que cometen los criminales con talento son las que suelen perderles, y es preciso aprovecharlas. (Suenan las cinco en un reloj lejano.) Señora marquesa, la hora convenida. Cada uno a su puesto. (Vase. Transcurridos unos instantes de la última campanada de las cinco, uno de los sillares de piedra que forman la pared de frente del torreón del castillo gira y deja al descubierto un paso subterráneo, y en él aparece Luciano, seguido de Lucette. La escena que se desarrolla es muda. Luciano, con el brazo extendido, muestra su madre a Lucette. Las dos se abrazan sollozando y dolorosamente conmovidas. Hay una pausa, sólo interrumpida por los gritos entrecortados, los besos y las frases balbucientes de la marquesa, que abraza a su hija repitiendo en distintos y conmovidos tonos las palabras: "¡Hija! ¡Hija! ¡Hija mía!"

## ESCENA IV

LUCIANO Ya has visto, Lucette, como he cumplido mi palabra. Ya estás en los brazos de tu madre. (La voz de Luciano está un tanto conmovida. Intenta aparentar un descarado cinismo, pero no lo consigue. Dirigiéndose a la marquesa.) Y tú no vayas a figurarte que no me he ganado los ciento cincuenta mil consabidos para

traértela. Ella misma puede decírtelo, ¿verdad? Fué un paso bastante difícil el de tirarnos de cabeza al charco desde la cubierta del «Newcastle», pero no había otro modo de escapar de las uñas de su padre adoptivo, un canalla prestamista, que a estas horas estará llorando la pérdida de su mejor alhaja, ni de huir de las garras de un estúpido detective que me persigue hace un año.

LUCETTE (Conmovida, a la marquesa en voz baja.) Es muy valiente, madre... y aunque parece malo... yo sé que es muy bueno...

LUCIANO Un poco de agua he tragado, porque, como no llegué a tiempo de embarcar a bordo del «Newcastle», que era donde Leforet, huyendo de mis caricias, se llevaba a Lucette a América, tuve que entrar en la dotación del «Vestern», de la compañía Cunard ; un monstruo marino, de más andar que el «Newcastle», y que al día siguiente le dió caza. Entonces me tiré de cabeza por la borda, con el menor ruido posible y tomé pasaje en el «Newcastle» de un modo bastante original. Lo cierto es que la jugarreta me salió bien del todo. Fué una osadía que pudo habernos costado bastante cara, pero Lucette prefirió seguirme a mí a nado que a Leforet en su viaje, y aquella misma noche, sin despedirnos de nadie, siguiendo el mismo procedimiento que para entrar en él, salimos los dos del «Newcastle» y a nado ganamos la costa de Santa Cruz de Tenerife. Desde allí regresamos a Francia en un barco de vela, y aquí nos tienes sanos y salvos. Te advierto que la chiquilla es valiente : de tal palo tal astilla, y que tiene novio, un guapo mozo trabajador y honrado ; pero como Lucette no tiene dote, le das los ciento cincuenta mil francos que me corresponden y que son

producto del honrado trabajo de su padre, y estamos en paz. ¿Te parece? Yo hubiera querido darle una fortuna; por eso vine aquí a buscarla. Un día, allá en Méjico, un buen labriego emigrado de esta tierra bretona, me habló de un tesoro escondido en un oculto subterráneo. Una vieja tradición así lo afirmaba. ¿Y por qué no creerlo? Durante la guerra franco-prusiana tu abuelo había enterrado su fortuna y sus joyas en los sótanos de este castillo, muriendo después a manos del enemigo. Yo, que soy aficionado a todo lo sobrenatural y maravilloso, pensé en apoderarme del tesoro y en ofrecértelo con mi mano y tu fortuna si te encontraba libre, y vine a escarbar en esas ruinas durante cerca de un año. El caso es que el tesoro no existe, aunque lo del subterráneo era cierto; que tú estás casada, y que la vieja tradición era un *canard* inmenso; y como no es cosa de estar perdiendo un tiempo precioso en cursis sentimentalismos, a América me vuelvo, país grande en todo. Aquí no se pueden hacer más que negocios miserables. Venga un abrazo, Lucette, y acuérdate un poco de tu padre de cuando en cuando. (Esto último con acento conmovido.) En cuanto a ti... (Se acerca con aire decidido a la marquesa. Esta le detiene con aire de dignidad ofendida.) De usted, señora, sólo espero perdón y olvido para el pasado. Adiós... adiós... hija mía... (Vuelve a abrazar a Lucette, y cuando se dispone a marchar, enjugándose una lágrima furtiva, se presenta Mr. Michaud, y amenazándole con un revólver le intima la rendición.)

## ESCENA ÚLTIMA

Dichos y MICHAUD. Después agentes de policía.

MICHAUD Y ahora falta liquidar conmigo. (Luciano, al verse sorprendido, contesta con un ademán y un rugido de ira.)

LUCIANO (A la marquesa.) Mujer... no esperaba tu venganza como a pago a mi nobleza.

MICHAUD No es ella... soy yo quien se venga... Tampoco yo... La ley es quien castiga.

LUCIANO Pues no me entrego... (Estas últimas palabras con suprema arrogancia.)

MICHAUD ¡Entonces te mato!... (Se dispone a disparar, pero en el mismo instante que levanta el brazo para hacerlo, Lucette, que se ha colocado tras él cautelosamente, rápida como el pensamiento que ha concebido, le arrebata el revólver y, haciéndose dos pasos atrás, dispara sobre Mr. Michaud, que cae, aunque no gravemente herido, y en tal posición que le impide apercibirse del sitio por donde huye Luciano. Lucette queda en actitud de profundo espanto.)

LUCETTE Perdóname, Dios mío, por este crimen, pero he cumplido con el deber de salvar a mi padre de la muerte y la deshonra.

LUCIANO (Antes de hacer mutis, por la puerta del subterráneo.) ¡Corazón de leona! ¡Sangre de mi sangre!... ¡Al fin hija mía!... ¡Adiós para siempre! (Luciano hace mutis y la marquesa queda aterrada contemplando la escena.)

TELÓN RÁPIDO

FIN DE LA OBRA

Precio: DOS pesetas